



LA VENTA

—El piso tiene trescientos cincuenta metros cuadrados útiles, y todos con parquet de caoba. Las ventanas y puertas exteriores son metálicas, y las interiores, de maderas finas. Todos los dormitorios dan a la calle. El salón tiene una hermosa terraza. Los servicios, amplísimos, están alicatados hasta el techo con baldosines artísticos de lujo. El aseo para el servicio es más modesto, pero tiene, incluso, bidet. Naturalmente, los ascensores son de subida y bajada, y hay un montacargas para los criados y proveedores. Tiene antena colectiva y unas vistas espléndidas. Mírelas usted mismo.

En la fotografía, detrás de una hermosa piscina infantil donde se bañaban unos niños preciosos, se veía el conjunto de la urbanización. Rodeada de grandes pinares, —Además, el coche. No es un fuera de serie, pero dentro de la categoría de los llamados coches familiares es de los más potentes y cómodos. Lleva baca incorporada, por si quieren ustedes transportar algunos trastos de playa al chalecito de la costa.

Sonrei, porque empezaba a conocer sus trucos para tentarme.

—Puede usted elegir entre la Costa Brava o la del Sol. En la del Sol, Marbella, naturalmente. En el resto de la costa sólo viven pelagatos. Creo que para su futuro, las relaciones sociales son importantísimas. Eso también viene garantizado en el contrato. Esta es la lista de las personas con las que le pondremos en contacto para su futura vida social.

La lei. Era la crema política y empresarial del país.

—Y, por descontado, todos los diplomáticos que usted quiera.

Nos quedamos los dos un rato en silencio.

—¿Hace?

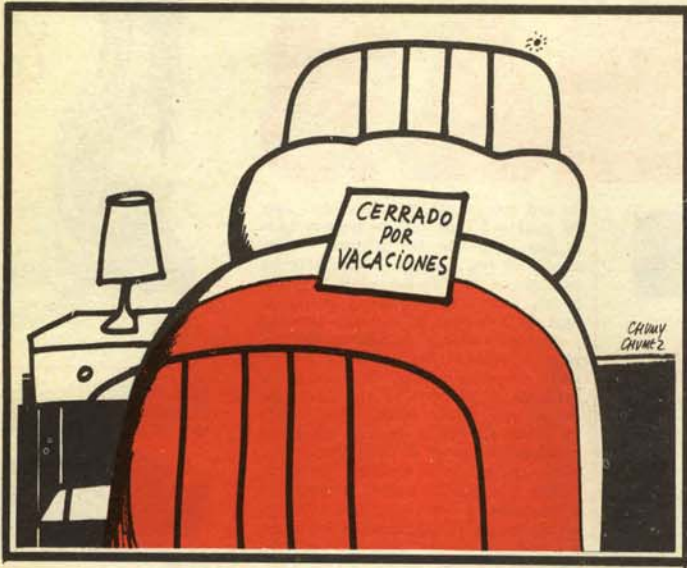
—No.

No hizo un solo gesto al oír mi negativa. Recogió el pergamino, plegó la navajita que tenía preparada para extraerme las gotas de sangre necesarias para la firma del contrato y desapareció, dejando un fuerte olor a sulfato mefistofeloso.

—Has hecho mal —me dijo mi mujer por la noche.

No le quise decir que no vendí mi alma por tan poca cosa y me callé. La verdad es que desde hace algún tiempo apenas hablo con nadie.

EQUISICETA



MI COLUMNA SECRETA

Por SISSI LOPEZ

Me comunican que los hornos del nuevo crematorio siguen sin funcionar a satisfacción de los técnicos. La noticia me ha llenado de estupor, dado que uno de los aparatos es de patente alemana.

Se sigue insistiendo en que a la juventud hay que prepararla para el futuro. ¿No será que lo que se pretende es que deje de ser juventud lo antes posible?

Los descansos en playa y montaña son propicios para ir pensando en la elección de los puestos que quedaron vacantes por insolación. ¡Mira que si este año alguno no se acumula en las mismas personas que ya los tienen todos...!

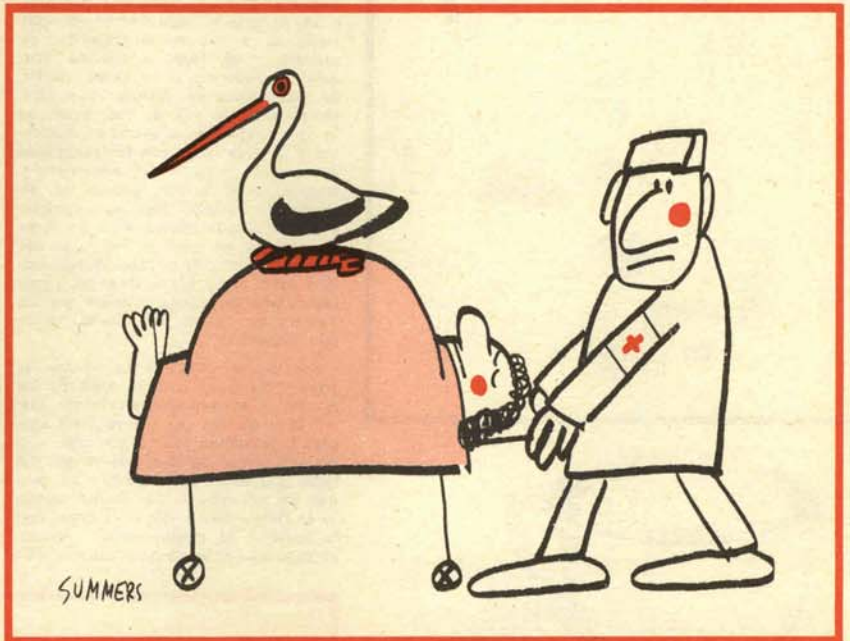
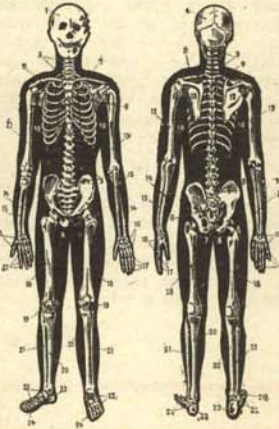
Los hoteleros piden que el incremento del nivel de vida se conozca con un año de antelación. Nosotros también, ya que ambos necesitamos confeccionar nuestras propias tarifas, aunque las nuestras no sean precisamente de beneficio, sino de aguante.

¡Déjelo para septiembre!, de verdad, ¡déjelo! Me han dicho que los que quedan tras las ventanillas tan sólo son vecinos de los titulares, que les hacen el favor de ponerse allí mientras ellos vuelven de vacaciones.

Se rumorea que en breve van a ofrecernos, a propuesta de los veinticuatro, ingresar en el pacto de defensa de padres de familia de la Patagonia. Y es que de todos es bien sabido que los padres de familia de la Patagonia, sin nosotros, no son verdaderos padres de familia.

LOS HUESOS Y LA VELOCIDAD

Como curiosidad científica presentamos a ustedes una información sobre la función velocidad-fractura ósea. Los huesos numerados del uno al diez se suelen fracturar cuando el accidente ocurre a más de cincuenta kilómetros por hora; los numerados del diez al veinte, cuando la velocidad es superior a los ochenta kilómetros por hora, y los numerados del veinte en adelante, cuando la velocidad es superior a los cien kilómetros por hora oficial del meridiano de Greenwich.



LA HIJA DE LA ZORRA



DESDE que aprendió a escuchar no oyó otra cosa que: «¡Mira!, ahí va la hija de la zorra». Al principio, hasta los seis años incluso, le hacía gracia. Su mamá le dijo que una zorra era un animal con una cola. Ella lo creyó. ¿Por qué no iba a creer uno que una zorra es un animal con una cola? Mas, como el tiempo no pasa en balde, y la juventud no es sino un paso a la pubertad, que, a su vez, no es sino un paso a la madurez, que no es necesariamente el morir hasta pasados algunos años más, comenzó a soportar, de mala gana, el apodo con que todos la conocían y la llamaban, justo el día que hizo la

primera comunión. Ese día, cuando los niños vestidos de blanco esperaban en el atrio de la iglesia y el sacristán llamó: «Todos los angelitos, que pasen... Y la hija de la zorra, también», no supo por qué algo se le rompió dentro. Luego comprobó que había sido la goma de la braguita de percal. Pero desde aquel día ella descubrió que era distinta a las chicas de su misma edad y sexo. Había hecho la primera comunión con un vestido de lunares rojos y unas sandalias de esparto. Y eso, lo supo inmediatamente, la sociedad no podría perdonárselo fácilmente. Pudo comprobarlo cuando, treinta años más tarde, tuvo que entrar, doncella aún, de chica de alterne en Wendy Club, donde dejaron de llamarle la hija de la zorra a pesar de que le quedó la costumbre de ponerse vestidos de lunares rojos y su mamá vendía tabaco dos clubs más abajo.

VICENTE EL INDEPENDIENTE

